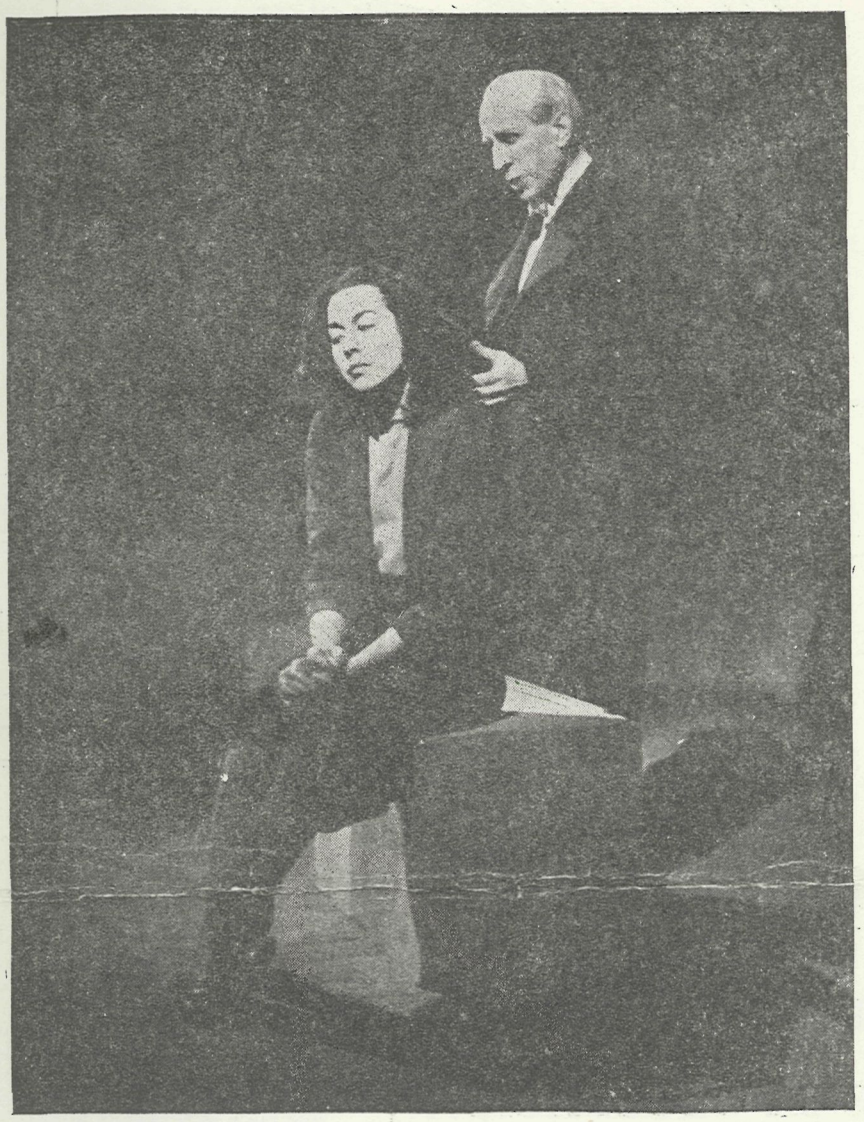
ANTÍGONA

Por Joaquín CALVO-SOTELO



HACER un raspado a Sófocles para instalar, sobre la arquitectura original de sus obras geniales, exacta o apróximadamente seguidas, un texto distinto, es siempre empresa aventurada. Los clásicos griegos han sido, con diversa suerte, asaltados en estos últimos tiempos. La grandiosidad de sus temas es, sin duda alguna, una incitación constante, diríase que una provocación a la que cuesta substraerse. Anfitrión, Antígona, Medea, Edipo... He ahí los nombres de los epígonos de una fabulosa civilización teatral, a los que, dada su fuerza y su valor arquetípico, nada tiene de extraño que el escritor de hoy se aproxime fascinado, pidiendo una transfusión, para enriquecimiento de sus venas, de aquella sangre inmortal.

El merodeo en torno de tan sagrados textos, puede hacerse con varias finalidades; o la de transplantar, lisa y llanamente, la tragedia inicial a nuestra hora, o la de aprovechar el gran hallazgo, ya del personaje, ya del problema para arroparle con lenguaje nuevo y próximo. Es con este segundo propósito con el que Anouilh ha acometido su empresa. Análogamente lo hizo Cocteau, algún tiempo antes. Del mismo modo Pemán, en fecha muy reciente. Cito con ello las tres únicas Antígonas que conozco, exclusión hecha, claro está, de la primigenia de Sófocles. En el escenario del Español, en el que vimos la de Pemán, espléndida de valores dramáticos, de recursos excelentes para infiltrar en el espectador la emoción que su terrible historia lleva aneja, hemos visto la de Anouilh.

Me será permitido declarar, en mi opinión, la Antígona de Anouilh, inferior positivamente al promedio de su labor como escritor de teatro. La Antígona que el ingenio de Anouilh nos brinda, se desenvuelve a través de una técnica libre, pero no ciertamente demasiado sugestiva. El Prólogo —encarnado por un actor impecablemente vestido de frac— expone, de modo sucinto, la situación y aun la psicología de los personajes. Cuando el Prólogo desaparece, los personajes comienzan a vivir. El Coro hará después los comentarios, los enlaces de escena a escena necesarios, para que no se produzca ante los espectadores solución ninguna de continuidad. Pero será preciso convenir que hay algo de premioso, de elemental, inclusive de fatigante, en la mecánica de sus entradas y salidas, y que éstas no se dirían, a la verdad, marcadas por una estrategia tan aguda, tan fecunda en descubrimientos deliciosos como lo es la del autor de «La Sauvage» o de «Le voyageur sans bagages».

De esa manera, la obra total nos llega apoyada en dos grandes diálogos, bien medido el uno, excesivo el otro. El de amor, entre Antígona y Hemón; estupendo himno de amor y de misterio, trazado con segura y poética mano en los albores de la tragedia, y el de Antígona y Creonte, en sus postrimerías. Ambos son los cimientos substanciales de la labor de Anouilh. El resto se diluye en meandros de tono menor, algunos subrayados por una fácil intención irónica, como la conversación de los guardianes, en la que las resonancias patéticas de las palabras de Antígona, sólo llevan como apostilla la obsesión burocrática de sus carceleros, otros de cierta ternura fácil, como el de la nodriza.

¿En dónde, sin embargo, la Antígona de Anouilh, agranda, presta más anchas concavidades a la de Sófocles o deduce, extrae de ella, agilmente, a la manera de Giraoudoux, para aquellos milenarios postulados, consecuencias de nuestra hora? ¿Dónde el diálogo de Anouilh se hace puente tendido entre las divinidades y los reyes de hace veinte siglos y las criaturas de hoy? Anouilh reviste la venerable piedra arqueológica de entonces, con una buganvilia de jardinería francesa. Flor luminosa, pero pequeña, decorativa, pero banal. Y Sófocles, ciertamente, no es eso. No le va. Lo rechaza como rechazaría el álamo las bombillitas de verbena que tan bien casarían con los tamarindos.

Los intérpretes, llevaban embridada la obra de tal manera que imponían su autoridad a toda distracción posible. Complazcámonos en ponderar a Aurora Bautista como una actriz de primer orden, tal vez la más segura estrella dramática que apunta hoy en el escuálido censo de atrices jóvenes españolas. Su voz apasionada, a la que convendría aliviar de una cierta tonalidad monocorde, prestó acentos sobrecogedores al texto que le había sido encomendado.

Su rítmica plasticidad, llena de sencillez y de cadencia, convirtió en frisos cada una de sus actitudes. Ella nos mantuvo seducidos y alerta la jornada entera, junto con Creonte, magníficamente interpretado por Rivero. Bardem dió una inteligente desenvoltura a sus intervenciones.

Fernando Rey supo servir con galanura su breve papel. No en vano es, en su línea, uno de los más hechos y serios de nuestros actores de hoy. Muy bien Julia Delgado Caro y Paquita Gallego y el resto del elenco, en el que es de justicia consignar una especial mención de Antonio Almorós, que entendió adecuadamente el humor de su papel de guardia Jonás. La batuta de director de González-Robles se hizo presente en todos ellos. Burgos obtuvo, con su decorado, la atmósfera que Antígona necesitaba. El Teatro de Cámara se apuntó en esta, su segunda salida, un nuevo tanto.

Segunda representación del Teatro de Cámara: «Antígona», de Jean Anouilh, celebrada en el Teatro Español, de Madrid, la noche del 9 de mayo de 1947, bajo la dirección de Luis González-Robles.